

La penetrante eficacia de la Palabra de Dios¹

Las reuniones en las sinagogas

1. Desde muy antiguo, el pueblo elegido se reunía semanalmente los sábados para escuchar las Escrituras. De modo habitual esto se realizaba en las sinagogas, los recintos donde se custodiaban celosamente los rollos de los textos sagrados. La sesión comenzaba con la recitación de algunas oraciones, luego se leía un fragmento de la ley (Pentateuco) y a continuación alguno de los profetas.

A partir de los treinta años, los hombres podían leer en público y comentar la Palabra de Dios en esas reuniones. Entre los profetas, Isaías era uno de los más queridos. Por lo que es muy probable que aquellos nazarenos hubieran escuchado muchas veces el texto escogido por Cristo. Pero nunca, ni de lejos, habían escuchado lo que Jesús comentó aquel día: *Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír*².

La presencia del Señor esa mañana en la sinagoga de Nazaret, entre sus paisanos, estaba en verdad inaugurando un *año de gracia del Señor*. El modo dispuesto por Dios para salvarnos a todos. Con las palabras y los hechos de Cristo, en efecto, su Reino estaba comenzando, lo que implicaba el cumplimiento de los signos mesiánicos: que los pobres escucharan la buena nueva, que los cautivos obtuvieran la liberación, que los ciegos recuperaran la vista y tantas cosas más.

El hoy de Cristo

2. Quizás la palabra más significativa del fragmento que acabamos de leer sea *hoy*. Tras largos siglos de espera, por fin había llegado la plenitud de los tiempos. Y Dios, que antes había hablado de muchas formas a su pueblo ahora, en ese preciso instante, le quería hablar por medio de su Hijo muy amado.

Y no deja de ser emocionante, queridos hermanos, recordar que ese *hoy* de Dios, se prolonga a lo largo de la historia hasta nuestros días. Hoy y aquí, también nosotros, escuchamos la Palabra de Dios con toda su belleza y fuerza salvífica. Hoy Cristo nos hace presente la voz del Padre, que nos sale amorosamente al encuentro para conversar con nosotros. Para dar luz y esperanza a nuestros corazones.

Cristo presente en su palabra

3. Cristo, según enseña el concilio Vaticano II³, *está siempre presente en la acción litúrgica (...). Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es Él quien habla*. Y es bueno que tengamos presente que esa palabra, por ser palabra de Dios, es *performativa*, realiza lo que dice. Me explico: cuando Dios dice: *Hágase la luz*, la luz se hace; cuando Cristo dice: *Lázaro sal fuera*, el que estaba muerto y

¹ Homilía del domingo III del tiempo ordinario, ciclo C.

² Evangelio, *Lucas* 4, 21.

³ *Dei Verbum*, n. 7.

sepultado, vuelve a la vida y así sucesivamente. Con plena verdad puede decirse que esa palabra divina *es viva y eficaz y más penetrante que espada de doble filo*⁴.

Quizás nos podría servir hacer un pequeño esfuerzo de memoria. Recordar la primera vez que escuchamos determinados pasajes de la Escritura y el impacto que tuvieron en nuestras vidas. Si sirviera de algo, yo podría evocar hoy, brevemente, tres de ellos. Son más o menos de la misma época, cuando tenía entre diez y doce años. El primero procede de una fiesta escolar en la que un niño de mi edad, con mucho aplomo, tomó oficialmente la palabra y, para invitarnos a ser agradecidos, citó el pasaje evangélico de los diez leprosos⁵. Quedaba clara la mezquindad de aquellos nueve que no volvieron a dar gracias a Jesús después de su curación. El segundo ocurrió de una clase de Historia Sagrada. La impartía un entusiasta hermano marista que recreaba, en aquella ocasión, el duelo entre el joven y noble David y el cruel y arrogante Goliat⁶. Resultaba evidente que con la ayuda de Dios se podía acometer cualquier desafío. Por último, una homilía de un fraile franciscano (en la pequeña, incómoda y provisional iglesia de Fátima, en San Pedro, N.L.) sobre la impactante sabiduría con que Jesús desarmó las insidias de sus enemigos por medio de aquella sentencia: *Al César, lo que es del César. Y a Dios, lo que es de Dios*⁷.

Han pasado muchas décadas desde entonces, y esas escenas perduran en mi memoria con la frescura del primer día. Lo que me ayuda a considerar que en esas narraciones había algo más que mera literatura. Algo misterioso y penetrante que, en última instancia, solo se explica cabalmente por la acción de la gracia de Dios a través de su Palabra.

La autoridad de Cristo

4. Pues también hoy, como aquel día en Nazaret, Jesús está liberando a los oprimidos y dando vista a los ciegos. Si nos sintiéramos atados por alguna debilidad, es un buen momento para pedir al Señor que nos libere. Si experimentamos oscuridad o confusión en el camino de la vida, si vamos como interiormente ciegos, Cristo está entre nosotros para dar luz a nuestros ojos.

Y lo hace con una autoridad suprema. San Lucas apunta que *los ojos de todos los asistentes estaban fijos en él*. Y san Juan recoge en su Evangelio el comentario lleno de admiración de los guardias del templo que no se atreven a arrestarlo, sencillamente porque: *Nadie ha hablado nunca como este hombre*⁸. En efecto, nadie tenía su autoridad, nadie había comentado así las Escrituras, nadie había realizado esos milagros, nadie tenía ese poder sobre los demonios...

Por eso, acudamos con total confianza a nuestro amado y buen Jesús, y pongamos en sus manos nuestros diversos afanes. San Josemaría recomendaba –lo hemos

⁴ *Hebreos* 4, 12. Cfr. Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 53.

⁵ *Lucas* 17, 11-19.

⁶ *1 Samuel* 17, 32-51.

⁷ *Marcos* 12, 17.

⁸ *Juan* 7, 46.

considerado otras veces- meterse en las escenas del Evangelio *como un personaje más* y considerar, por ejemplo, *su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre*. Para luego considerar lo que a nosotros nos ocurre en nuestras propias circunstancias. Permaneciendo atentos, por si quisiera indicarnos algo: *y surgirán entonces esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenciones*⁹, que tanto bien hacen al alma.

5. María –nos dice dos veces san Lucas- guardaba en su corazón las cosas que oía y veía. Imitémosla.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 27 de enero de 2019.

⁹ *Amigos de Dios*, 253.